X

Un rayo que hubiese caído sobre mi cabeza no me hubiera causado mayor efecto.

Nada podía sospechar hasta entonces de semejante resolución.

María habíase mostrado siempre muy piadosa. Oía misa todos los domingos y muchos días entre semana cumpliendo todos sus deberes religiosos, confesándose a menudo y comulgando en todas las fiestas que celebra la iglesia.

Pero su religión no tenía nada de exagerada ni de mística.

Era, si así puede expresarse, una religión tranquila y sencilla que se manifestaba, sobre todo, en sus obras de caridad...

Y al mirar en derredor mío, horrorizado, deslumbrado por aquella repentina explosión, me era imposible descubrir al ser misterioso que habría podido inculcarle tales ideas.

Al llegar aquí—dijo el cura de Brault—el marqués se dirigió a mí.

—Vuestro antecesor—continuó—era un hombre rústico, cariñoso, sencillo y caritativo, por lo cual era muy querido de todos sus feligreses; pero no afectaba esos arrebatos místicos que inspiran a veces vocaciones religiosas y odio a las alegrías del mundo.

Aun parece que le veo llegar diariamente a la hora de comer, con su sotana levantada, su rostro colorado por el frío y su franca sonrisa en los labios.

Alegre compañero y hombre lleno de virtudes sólidas, capaz de sacrificarse por su prójimo, y en particular por los débiles y desgraciados, no era él, de seguro, quien había inspirado a mi hija el odio a la vida de familia y el alejamiento de un pueblo donde tanto bien podía hacer.

El obispo, que venía a Brault una vez cada año para imponer el sacramento de la Confirmación, era también un hombre sumamente delicado, que no hubiese dejado de advertirme la vocación de mi hija, si es que ésta se la hubiese participado o le hubiese consultado algo referente a ella.

No era de aquel lado de donde había venido el golpe que acababa de herirme, causándome el mayor asombro...

Y si he de decir la verdad tendré que confesar que a mi asombro se mezclaba también algo de rabia.

Cogí entre las mías las delicadas manos de mi hija, y echándome hacia atrás, clavé mis ojos en los suyos, queriendo penetrar hasta el fondo de su alma.

—¡Desgraciada!—le dije—, ¿has pensado lo que acabas de decirme?

—Sí, padre mío.

—¿Serás capaz de dejarme?

—Puesto que es preciso...

—¿Y por qué es preciso?

María bajó la cabeza y se puso más encarnada que la grana.

Toda su sangre debió acudir en aquel momento a su rostro.

Trató de hablar, pero ningún sonido salió de su garganta.

Su emoción me pareció tan extraordinaria, tan grande su turbación y su amargura, que arrastrándola hacia un banco, la hice sentar a mi lado y la dije:

—Escucha, María; hace ya algunos meses que noto que una desgracia misteriosa y terrible se cierne sobre esta casa... Mi tranquilidad se ha concluído y mi existencia, igual y dulce, se ha cambiado en una vida de continuos temores y cuidados... Presentía un desastre, y ese desastre se me viene encima. Lo que acabas de decirme es la destrucción de todas mis esperanzas, y nada, nada en el mundo podía serme tan cruel.

—¡Padre mío!...

—Reflexiona, María...

Yo adoraba a tu madre, y cuando la he perdido sentí desgarrarse mi corazón y creí que iba a volverme loco... Era joven, fogoso y había concentrado en ella todas mis afecciones, todos mis amores...; pero al volver mis ojos hacia la cuna en que tú dormías, cuando sólo tenías algunas horas, comprendí que me ligaba al mundo un deber y que me quedaba en él un consuelo... Tú estabas allí, inocente, débil y tierna como un pobre pajarillo en su nido: necesitabas mi protección... Desde entonces te consagré todo el amor que había tenido a tu madre, fuiste la alegría de mi vida, la reina de mi casa, la esperanza de mi porvenir. ¿Tienes alguna queja de mí? ¿No he procurado evitarte siempre toda clase de penas?... ¿He faltado a mis deberes de padre?... Yo creo que no.

María se puso de rodillas delante de mí, y me dijo oprimiendo mis manos:

—¡Oh, no, no, padre mío!

—Entonces, ¿por qué quieres dejarme? ¿De este modo me pagas el que te haya consagrado mi juventud, mirándote crecer, adorándote como a mi ídolo y allanando tu camino, sembrado por mí de flores, ocupado siempre en procurarte goces

y alegrías?... Y después de esto vas a condenarme a una vejez solitaria, a dejarme abandonado a mi desolación en esta antigua casa, que será testigo de mis amarguras y estará recordándome sin cesar los bienes que he perdido y las dichas que ya no he de tener... ¡Es posible que seas tú la que así me habla!... No; no te reconozco, ni puedo conciliar tu pasada conducta con tus actos presentes... ¿Eres tú, mi María; aquella María tan buena, tan adorable, de quien yo estaba orgulloso y cuyo sólo pensamiento llenaba mi corazón de infinita ternura?... No, no eres tú la que acabo de oír, no es mi María, no es mi hija... Vamos, no me tengas tanto tiempo en este tormento, dime que me he equivocado.

María seguía de rodillas delante de mí, y al oírme no hizo ningún movimiento.

La levanté, sentándola sobre mis rodillas como cuando era niña, y la dije: tú me ocultas alguna pena.

Ella bajó la cabeza y contestó con voz apenas inteligible:

—Es verdad.

—¿No tienes ya confianza en tu padre?

María se calló; pero sentí que temblaba su cuerpo entre mis brazos.

—Vamos, hija..., cualesquiera que sean tus pensamientos o tus deseos, confíamelos... Si ese

matrimonio te disgusta, no se hará, y viviremos los dos solos, como hemos vivido hasta aquí... Serás dueña de tus acciones y dispondrás a tu gusto de nuestra fortuna, como lo has hecho hasta aquí. Para hacer bien a tu alrededor y para consagrarte a Dios, no es necesario que reniegues de tu familia, que huyas de tu padre y que te encierres en un claustro...

Así estuve hablando con ella largo rato, y con creciente calor le pinté las alegrías que podría encontrar casándose con Bernardo y educando a sus hijos, a esos seres a quienes tanto se ama, y a los cuales se ve con tan gran gusto crecer y formarse a nuestro lado. Le expuse la aridez de una existencia sin objeto, rodeada de extraños, y el horror de una vejez solitaria, en la que no se podía contar más que con los cuidados de gentes mercenarias, a quienes la esperanza de una miserable ganancia encadena sólo a nuestro lado... Le hablé de los deberes de los hijos para con sus padres; invoqué, en fin, todos los sentimientos y los recuerdos que pudiesen apartarla de una resolución cuyas consecuencias debían de ser tan fatales para ella como para mí.

La veía sufrir al escucharme, atormentada, indecisa y presa de la mayor angustia; pero ni mis súplicas, ni mis razones, ni todos mis argumentos lograron vencerla, y sólo pude obtener estas pa-

labras que balbuceó con voz entrecortada y de una manera confusa:

—Veremos... reflexionaré... ¡Os amo, padre, más de lo que pensáis, ¡con toda mi alma!

Desde aquel día aumentó su tristeza y se puso más taciturna y silenciosa.

Huía de las miradas de todos y estaba casi siempre encerrada en su cuarto, reuniéndose sólo conmigo a las horas de comer.

En vano el doctor Burel, que venía a verla a menudo, nuestros amigos los de Montjeu y el señor cura de Brault, trataron de animarla y procuraron indagar las causas de su melancolía.

Nada pudieron conseguir más que aumentar su tristeza.

Yo estaba desesperado, y atormentaba mi imaginación de mil modos, sin poder comprender ni penetrar el misterio que rodeaba a mi hija.

Las dudas que había tenido respecto a los carboneros y a los rencores de éstos se habían disipado por completo.

La mujer de nuestro colono de Fontaines estaba ya curada desde hacía tiempo, y en nuestros dominios todo marchaba bien.

Aquel año, que era el de 1827, fué muy abundante y bueno para el labrador.

La cosecha prometía ya por entonces lo grande que iba a ser, y el tiempo magnífico la favorecía.

La explotación de los bosques se operaba en las mejores condiciones; y aunque las ideas políticas de mis compradores me disgustaban mucho, no podía menos de reconocer su actividad y competencia en los trabajos, que avanzaban perfectamente dirigidos.

Además eran muy ricos y, por consiguiente, tenían con qué responder, lo cual es ventajosísimo en esta clase de contratas.

Yo estaba, pues, en las mejores relaciones con ellos. Poco a poco los obreros que habían llevado a trabajar a Brault iban abandonando nuestros bosques, dejando sus tareas terminadas. Así es que aquel numeroso personal disminuía sensiblemente.

En los primeros días de agosto sólo quedarían en Brault unos sesenta hombres de los trescientos que habían estado ocupados allí todo el invierno: la mayor parte de ellos eran carboneros y carreteros.

Habían comenzado a reparar los caminos, y algunos sitios estaban ya completamente limpios. Los Congnat y Martín Rabaud seguían en su puesto; pero desde la condena sufrida en Chateau-Chinon no habían vuelto a darnos el más pequeño ruido.

Les olvidé, pues, por completo viendo que con

su buena conducta trataban ellos mismos de hacerse olvidar.

En cuanto veían a lo lejos mi caballo, cuando por casualidad me internaba pensativo en la parte del bosque que ocupaban ellos, desaparecían, ocultándose detrás de los montones de leña, o se encerraban presurosos en su choza; pero si por casualidad no me veían y yo les sorprendía en su trabajo, me saludaban cortésmente, y el mismo Martín Rabaud no tenía ya para mí aquella insolente ironía que tantas veces me había exasperado, sino que más bien parecía humilde.

Por lo demás, yo les concedía muy poca atención, pues estaba más que nunca absorto en mi idea fija: la tristeza de María.

¿Qué causas habían podido determinar aquel cambio tan completo y tan imprevisto en su conducta?

¿Cómo ella, tan sonriente, tan dulce y tan cariñosa, se había vuelto huraña, feroz, casi salvaje?

Este problema, cuya clave no podía encontrar, me exasperaba.

Otros detalles me chocaban también y me sumían en un mar de reflexiones.

Veía claro que la salud de mi hija se alteraba de día en día y que la vida parecía irse apagando en ella poco a poco.

Sus facciones, enflaquecidas, estaban llenas de surcos, y su frente, antes tan blanca y pura, iba tomando un tinte lívido. La frescura de sus diez y ocho años había desaparecido casi por completo y su transformación la convertía en otra.

En diferentes ocasiones le hice mil preguntas relativas a su estado, a mi amigo Burel.

Y todas las veces que le pregunté me quedé asombrado y receloso al oír sus respuestas evasivas y ambiguas.

El, cuyo entendimiento era tan claro y cuyas decisiones tan prontas, se cruzaba de brazos y levantaba los ojos al cielo, dándome a entender con reticencias inquietantes que no comprendía el extraño mal que la minaba.

Traté de sondearle por todos los medios, porque creía adivinar que algo me ocultaba; pero no pude obtener nada de él, más que algunas palabras consoladoras para el porvenir.

Cierto día le hablé con más insistencia, preguntándole si mi hija habría podido sentir alguna pasión no correspondida, y sería esa la causa de su desesperación.

Se me quedó mirando como si hubiese contemplado a un bicho raro, y me contestó después bruscamente

—¿Y quién diablos queréis que haya podido inspirarla esa pasión?... ¿El cura, vos o yo?

Me mordí los labios y retorcí nerviosamente mi bigote, muy largo entonces y muy poblado, pues no debéis olvidar que tenía en aquella época poco más de cuarenta años.

El doctor tenía razón.

En Brault no veíamos nunca a nadie, y esta suposición no era, por consiguiente, admisible.

Y, sin embargo, yo necesitaba una causa, una solución, un pretexto, por absurdo que fuese, para explicar aquella extraña metamorfosis que amargaba todos los instantes de mi vida.

De pronto me dí un golpe en la frente y creí haber encontrado la solución de tan penoso problema.

He aquí por qué.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

Nuestras cacerías de Brault eran siempre acompañadas, sobre todo en los últimos meses del año, por cierto número de nuestros vecinos del campo.

Asistían a ellas desde cinco y seis leguas a la redonda.

Ya he dicho que mi traílla gozaba de una reputación merecida, y repito que nunca había visto otra mejor.

Era un verdadero placer el oír en nuestros cantones, tan accidentados y cortados por todas partes, con praderas y estanques, la música de mis sesenta perros, de una raza admirable, menos ligeros que los ingleses, pero de mejor garganta, más seguros, tenaces y mordedores, y de inmejorable alcance y olfato para no perder nunca su presa.

Lo mismo cazaban el ciervo, la zorra y el gamo, que el lobo y el jabalí.

Todo era bueno para ellos.

Sin duda en nuestras cacerías habíamos tenido